

tiene discursos escritos con una metafísica escolástica, como el de la pastora Marcela; si no reúne toda la exactitud del lenguaje que fuera de desear, consiste en que el gusto de su época propendía al estilo conceptuoso y estudiado, y en que la lengua aun no había adquirido la exactitud y lógica que después ha tratado de dársele. Si hubiera escrito en nuestros días, sin duda alguna que hubiese escrito de otro modo. Los mismos defectos que se vituperan en el estilo de CERVANTES se encuentran en los demás escritos de su tiempo; con la diferencia, sin embargo, de no estar ampliamente indemnizados por sublimes bellezas. Al juzgar las obras de un autor de otro siglo debe tenerse presente esta circunstancia si se quiere proceder con justicia, y no atribuirle faltas que no son suyas; pues el hombre grande que se adelanta á veces á las ideas de sus contemporáneos, no siempre puede desprenderse de sus defectos y preocupaciones, porque esto es tan difícil como al alma humana prescindir del cuerpo de barro en que se halla encerrada.

Con no tanto talento, y menos caudal de erudición, escribió un anónimo español un papel en que, al paso que trata de criticar el *Análisis* de Ríos, zahiere la obra magistral de CERVANTES, proponiendo las más extravagantes ideas acerca de su composición. Al hablar del *Análisis* dice, «que no pudo la Academia hallar un camino más á propósito para desmoronar el crédito del QUIJOTE que el que tomó en publicar aquella obra, falta por otra parte de invención y novedad, por no ser otra cosa que una traducción de la que hizo Addison para el poema de Milton.» Ríos, profundo humanista y admirador entusiasta de CERVANTES, creyó encontrar en la fábula de éste un poema semejante al de Homero y Virgilio; y no puede dudarse que, al proponerse seguir este sistema hasta el último extremo, traspasó los límites de lo justo, queriendo hallar imitaciones de los poemas griego y latino en los episodios del novelador español. Según Ríos, las bodas de Camacho son imitación de los juegos fúnebres de Patroclo y del aniversario de la muerte de Anquises; la morada de Don Quijote en casa de los duques, de la retención de Eneas en Cartago; la montería de la misma casa, de la de Dido; la relación de la Trifaldi, de la del saco de Troya; la aparición del Clavileño Aligero, de la del Paladion; los amores de Altisidora, de los de Dido; el desencanto de Dulcinea, anunciado por el sabio Merlin, de la magnificencia del bosque encantado del Tasso; la cueva de Montesinos; de la bajada de Eneas á los infiernos; y, así consecutivamente, no hay episodio en el QUIJOTE que no tenga su tipo en los más celebrados poemas épicos. No hay duda que CERVANTES estudiaría á los épicos antiguos para beber en sus fuentes la claridad y elegancia de estilo, la exactitud y precisión en los caracteres, y el arte de pintar con bellos colores la naturaleza; pero, una vez imbuido en estos principios de buen gusto, se dejó llevar de su excelente ingenio; y sin acordarse para nada de las invenciones antiguas, que le podían ser de poca ayuda en asunto tan inconexo, creó un nuevo género, componiendo un poema tan original como la misma *Iliada*. Pero si Ríos se exageró en el modo de considerar el QUIJOTE, hay observaciones excelentes en su *Análisis*; cuando nuestro crítico moderno, cuya vista miope no alcanza sus bellezas, opina que el QUIJOTE, «que, como un conjunto de dichos chistosos y sumamente naturales y oportunos, es tal vez inimitable, mirado en toda la extensión de la idea que de la fábula épica nos trazaron Homero y Virgilio, imitados por el Tasso y Ariosto, es débil, nada poético, y sin invención;» lo que dice que irá demostrando poco á poco, pero no lo consigue. Añade, que el QUIJOTE es una novela; y, después de afirmar que ninguna falta hacia para desterrar del mundo la andante caballería, puesto que el curso de las ideas y de las instituciones había hecho caducar aquella profesión, dice que, considerado como obra burlesca, «el *Lutrin* de Boileau, el *Vert-vert* de Grasset, el *Gil Blas* y el *Gerundio* son composiciones igualmente felices, y tal vez más útiles

«y verosímiles: no tienen episodios, es verdad; pero, hablando de buena fe, podremos aun considerar el QUIJOTE como un poema épico y un pensamiento seguido, y determinar en su dirección todas las leyes de la retórica y la hermosura de la poesía.» Mas adelante compara el QUIJOTE con *Fray Gerundio de Campazas*, diciendo: «Para juzgar, después de una prolija comparación entre el *Gerundio* y el QUIJOTE, cuál de los dos es más gracioso, más útil y más verosímil; para analizar las dificultades que debieron hallarse en ambos sujetos, queriéndolo tratar con propiedad y decoro, fuera precisa una digresión harto difusa, que no nos hace al caso. Quizá las persecuciones que sufrió y sufre el *Gerundio* pudieran ministrarnos la mayor prueba de su mayor utilidad moral, comparado con el QUIJOTE; quizá advertiríamos cuánto es más reducido, y por consiguiente más difícil, el teatro de aquel, ciñéndose á un claustro, á un púlpito, ó cuando más á un lugarejo donde hubiese de predicar, y se ocurriría quizás el observar que no es tal defecto el de no imitar á Homero y á Virgilio sobre la edad del héroe, para el principio de la acción, que por ella sola debamos decidir cuán difícil es quitar la clava de las manos de Hércules.» Según estas palabras, parece que el crítico quiere dar la preferencia al *Gerundio* sobre el QUIJOTE, lo cual probaría su poco discernimiento en materias literarias, y se opondría á la opinión general; pues, respetando en lo que se merece el talento del Padre Isla, la opinión de todo el mundo se ha declarado por CERVANTES.

Además de la poca importancia de su fin moral, dice que adolece el QUIJOTE de dos defectos capitales: la inverosimilitud de sus acciones, y su inconexión. «En efecto, dice, considerando la acción con imparcialidad, no podemos menos de reparar cuán poca diferencia habría entre las dos épocas señaladas (la de los caballeros andantes y la de CERVANTES), si pudiendo, en la una, un caballero andante matar á su salvo en las encrucijadas á quien no confesara la preferencia de hermosura de su dama, en la otra, un loco arrebatado y por lo común furioso, fuese árbitro de atravesar todo un reino, estropeando, y no ligeramente, cuanto encuentra.» Pero el crítico no sabe que los grados de verosimilitud que requiere una fábula son nada más que bastan á conservar nuestra ilusión, haciendo que no repugne á nuestro entendimiento la posibilidad de los hechos; y todo el que haya leído el QUIJOTE podrá decir si se ha entibiado su interés hallando fuera del círculo de lo factible las excursiones de un loco desde la Mancha á Barcelona, en aquellos tiempos en que aun no se conocía la moderna policía, y mucho más cuando el mismo autor, saliéndonos al camino para que no hallemos esta inverosimilitud, cuida de decirnos que ya los cuadrilleros de la Santa Hermandad andaban en busca de Don Quijote, sabedores de sus desaguisados y locuras.

Lamentase en seguida de los destrozos que se suponen hechos por Don Quijote en toda la fábula, y hace esta recapitulación de sus principales aventuras: «Yo no sé cómo el lector nacional, tan solo entretenido, á la par que los extranjeros, con las repetidas locuras del héroe, pueda no mirar con tal cual interés, ó la cabeza del arriero partida en cuatro, al tiempo de ser armado de caballero nuestro hidalgo; ó el monje benito derribado repentinamente y muy maltrecho de su mula; ó el vizcaino echando sangre por sus ojos, boca y oídos, á presencia de sus amas y de los mayores; ó la espalda rota de uno de los yangüeses; ó la fatal suerte del bachiller y demás comitiva del cadáver transportado á Segovia; ó la pérdida y mal trato del barbero poseedor del yelmo de Mambrino. Pónense en libertad los condenados á galeras; mal herido un guarda con una lanzada; un infeliz cabrero se vé remachadas las narices, con el rostro lleno de sangre y molido á coces de Sancho; el bachiller Sansón Carrasco da tal caída, que, sin mover pié ni mano, parece ser muerto; ábrese la jaula á dos leones en medio de un camino real; un pueblo de mil vecinos vése hecho el juguete del insípido entretenimiento de dos duques ociosos; no es otra tampoco la suerte de las cuatro

«galeras fondeadas en Barcelona, y de su ilustre general. Y esta ¿es la moral, estas son las circunstancias agradables, estos los disfraces con que viste la fantasía de Don Quijote los objetos que la presentan, y esta es, finalmente, la propiedad de los caracteres de la fábula? «Las corridas de toros, que el *Análisis* reprueba con tanto tesón y elocuencia, y cuya gustosa fiereza debe ser reforzada por la novela del QUIJOTE, son por cierto mucho menos sangrientas, y hasta más racionales, que los espectáculos y destrozos que acabamos de reconocer.» Si; pero el crítico no se hace cargo de la diferencia que va de lo vivo á lo pintado; no se hace cargo que el autor nos presenta estas sangrientas escenas para infundirnos odio hácia las descabelladas lecturas que trajeron una cabeza bien organizada á tan deplorables excesos. Otras observaciones hace, que suprimimos por no ser más atinadas ni de más importancia.

Encuentra mal guardado el decoro de las personas; pues en la graciosísima navegación del Ebro se nos presenta Sancho habitualmente lleno de piojos; asiste luego, con este traje, á la mesa de los duques y á la siesta de la duquesa; cuando el duque se hace enjabonar por las criadas, después de comer, los mozos de cocina son osados de entrar en el comedor, con cerneiros, artesas y aguas de fregar, y, á presencia de sus amos, tomar solaz con las simplicidades de Sancho. Defectos que no pueden negarse, y que deben atribuirse al menor refinamiento de costumbres, en que no chocaban cosas que hoy se consideran como sucias y ofensivas á la delicadeza. Inconsecuencias mayores halla el crítico todavía por lo que respecta á la naturaleza; no sabiéndose cómo el día siguiente de la aventura de los molinos, en que el héroe con Rocinante da en tierra, empeñada su lanza en las aspas del molino, manifiesta mayor bazarria en el encuentro del vizcaíno; y, á poco rato de la desgracia de los toros, el escudero se pone á comer á su sabor, y el amo á predicarle. La locura de Don Quijote también le parece fuera del límite de la verosimilitud: caminaba días enteros; albergaba entre mucha gente, y nada le excitaba el desvario sino tal cual ocasión cogida al acaso; su imaginación se presenta alterada, unas veces por lo que ha leído, otras por lo que ve, y otras por lo que quieren que vea los que pretenden solazarse con él; y, en estos tres casos, perfectamente ajustada á la realidad lo que no es en modo alguno natural ni verosímil. Á esta objeción dejaremos de contestar, porque lo hará por nosotros una autoridad más competente en la materia que la nuestra. También le parece impropio el carácter del bachiller Sansón Carrasco, no siendo probable que un trastuelo, regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, un socarrón famoso, emprenda pelear con un loco, y con armas desusadas; escoja para ello un caballo peor que Rocinante; y que, curado de su mortal caída, atraviese la mitad de España para buscar de nuevo el mismo peligro, con gastos é incomodidades; y todo esto por una obra de caridad de muy difícil suceso; de todo lo cual saca, por fin, la extraña consecuencia que la imaginación de CERVANTES fuese harto limitada y no nada poética; demasiado uniforme en los adornos, demasiado uniforme en finalizar las aventuras por encanto; harto ceñida á los objetos reales del país que habitaba; harto necesitada de introducir episodios importunos para alargar la novela; y, en fin, acordándose con mayor frecuencia de objetos adecuados á una vida pobre, aunque honrada, que no los que pudiesen sugerirle los ínclitos Mecenas que favorecían el Tasso y el Ariosto. Asegura que no tiene á la *Segunda Parte* como continuación de la novela, dimanando en un todo de la publicación de la *Primera* y de la obra del licenciado Avellaneda, accidentes casuales, momentáneos, posteriores á la época de Cide Hamete, sea la que fuere, y que representan esta nueva producción más bien como una apología de la primera, sujeta al mismo plan en cuanto á la conducción y el estilo: en entrambas, los materiales útiles apenas bastarían á escribir tres tomos, en lugar de los seis; y es lástima, añade, á lo menos para todo el que mire con verdadero interés el buen concepto de CERVANTES, que se

empeñase en extenderlas tanto; pues á menos de la mitad cree advertir en todas las ideas una violencia, una verbosidad, una adopción de cuantas sandeces ó malicias vulgares corrían entonces, que, á la verdad, la elegancia y amenidad del estilo apenas bastan para hacerlas materia de un honesto y útil entretenimiento. Antes había dicho que, el objeto que CERVANTES se había propuesto al escribir la *Primera Parte*, no había sido otro que dejar correr la graciosísima imaginación en las soledades de una cárcel; reunir muchas composiciones sueltas de tiempos anteriores; motejar tal vez, con las armas terribles del ridículo, algunas personas de las que á la sazón contribuyesen á su desgracia; no perder de vista un solo instante las costumbres y objetos del país que habitaba, y explayar su inclinación irresistible, aunque siempre desventurada, al enlace y estilo de las comedias.

Quien tan mezzquina idea se había formado del QUIJOTE, de su objeto y plan, no es extraño que se atreviese á corregir á su autor, indicándole el camino que debiera haber seguido. Hé aquí ahora el plan del crítico de CERVANTES: «Debianse, dice, adoptar cuantos diálogos, frases y pensamientos fuese posible del autor original; consultarse, empero, con mayor cuidado la verosimilitud y el decoro; de ningún modo sujetarse al orden, ó á la localidad, ó á la precisión de las aventuras; hacer mayor uso del carácter de Dulcinea, dándole, como á Sancho, un carácter biforme, ó ya de maliciosamente encantada, ó de inocentemente alucinada con las esperanzas brillantes de una suerte futura. Entonces la nación lograría más extensamente, y á menudo, de las sales y elegancia del QUIJOTE, y no sería extraño oír en boca del pueblo, frecuentemente repetida, una buena parte de sus diálogos y refranes; bien así como en la Grecia se cantaban los episodios de la *Odisea* y la *Iliada*, ó las estrofas de la *Jerusalén* en los canales de Venecia.» Todos estos conceptos hubieran sido buenos si el QUIJOTE de nadie hubiera sido leído; pero, cuando ha logrado tan universal aceptación, ¿qué se iba á lograr con hacer las variaciones que propone?

En contraposición á estos escritos, han celebrado otros los aciertos que inspiró á CERVANTES su talento en ciencias á que ciertamente no se había dedicado. El acreditado médico Sr. Don Antonio Hernandez Morejon publicó un folleto de cortas páginas, con el título de *Bellezas de medicina práctica descubiertas en el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—Madrid, oficina de Don Tomás Jordan, 1836. Aunque no tuviera otro mérito este libro, cree que aun debería ser aplaudido en la república literaria de los médicos por el singular, en la parte descriptiva, de esa especie de locuras que hoy se llaman *monomanías*. Examina en seguida la predisposición, las causas excitantes, el desarrollo, el curso de la enajenación del célebre Don Quijote, su vaticinio, tratamiento y éxito, «descripción nueva, dice, en los fastos del trastorno de la razón, y creada solo por la imaginación fecunda, brillante de CERVANTES.» Y continúa:

«Predisposiciones y causas.—Disponen á contraer la locura: 1.º Los temperamentos bilioso y melancólico: Don Quijote era *alto, de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, velloso de cuerpo*. 2.º Las edades viril y consistente: Don Quijote *frisaba con los cincuenta años*. 3.º La agudeza y cultura del entendimiento: Don Quijote era *ingenioso, de feliz memoria, y tan erudito que poseía todas las ciencias de un caballero andante*. 4.º El orgullo de familia y nobleza: Don Quijote era *hidalgo y manchego, descendiente por línea recta de varón de Gutierre Quijada, vencedor de los hijos del conde de San Pablo*. 5.º El ejercicio violento: Don Quijote era *cazador, y de liebres*. 6.º El cambio de la vida activa al ocio: Don Quijote *olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda*. 7.º Los alimentos cálidos, viscosos y de mal nutrimento: Don Quijote *cenaba salpicon las mas noches, comía lantejas los viernes, duelos y quebrantos los sábados, y algun palomino*